

YACIMIENTOS LITERARIOS

El encantamiento infantil ante un puesto de chucherías en las “Primeras hojas” de Zamora Vicente



Comentarios e ilustración: Aurelio del Pino

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1 de febrero de 1916 - San Sebastián de los Reyes, 14 de marzo de 2006) aunque es ampliamente conocido y reconocido por su trayectoria científica y académica como filólogo, dialectólogo y lexicógrafo, y miembro de la Real Academia desde 1967 hasta su fallecimiento, también es muy destacable

en su vertiente literaria, que le hizo merecer el Premio Nacional de Narrativa por la obra “Mesa, sobremesa”. Se destaca en su obra literaria, por sus relatos breves y por incorporar elementos populares cotidianos como en los fragmentos de su obra “Primeras hojas” en las que hace un recorrido por su niñez y por el Madrid de principios del siglo XX.

YACIMIENTOS LITERARIOS

En los dos fragmentos que se recogen en este Yacimiento Literario podemos ver reflejados, desde el punto de vista de un niño el atractivo de los puestos de chucherías, y la oferta atractiva de las golosinas de principios del siglo XX como el paloluz, las chufas, los caramelos de adoquín o los cacahuètes...

Para el público infantil este es sin duda el mejor uso de los pocos céntimos que tienen disponibles los fines de semana. Es curioso como lo que ahora se

conoce como “canal impulso”, es decir, las tiendas de chucherías y frutos secos han tenido siempre un hueco de mercado y cómo sería fácil trasladar este mismo tipo de sensaciones en la actualidad.

La descripción de la oferta en los escaparates de las tiendas de juguetes, o del material escolar, reflejan muy bien también la importancia de este tipo de comercios que tienen a los niños como principales destinatarios y prescriptores. ■

Alonso Zamora Vicente. Primeras hojas. Espasa Calpe. Colección Austral. 1985

“El hombre del cartelón está donde todas las mañanas, en los jardinillos de la Plaza de Oriente. Qué bien, estarse escuchando todo el crimen, sin oír detrás a Elisa, que tiene miedo, su vámonos, ya está bien, es tarde, pero ¿no te cansas?, todo esto es mentira. Lástima que no tengo dinero para comprar algo ahí, en la vieja esquina; me gustaría comer alguna cosa, una ensaimada, quizás mordisquear un trozo de paloluz o chichingú. Me acerco al puestecillo y veo las chufas en seco, arrugadas como pasas, y tan tersas y brillantes las en agua, alguna barba aquí y allá, una dureza deliciosa, y los altramuces amarillos, relucientes, la uña blanquinosa, vago sabor a sal, y los torraos, casi me da sed, y los adoquines, los chupones, ay que pirulí, las flores de maíz, y corrusco los dientes inservibles, debo tener cara de idiota, y, milagro tranquilo y enteramente dorado, como una cosecha brotando en las venas, esas chepas macizas de los cacahuètes, tan sólo diez céntimos (¿dónde vas sin dinero?), no los compraría ya pelados, son más caros, sino de los otros con cáscara, crujidores, algo de brisa nocturna en el ruido al rom-

perse, pero esta bolsa, unos calcetines, un pañuelo y el metro, que no es de comer, qué cabeza la mía, ahora no debo volver, y, aunque vuelva, a lo mejor no me han guardado la comida.”

...

“Primera mañana, el invierno en las calles, ruidos apagados, niebla suavecita, muchas cosas de estrena. Un pantalón nuevo, las botas recién limpias y muchas veces cuándo nos vamos. Colgada del hombro, la cartera; una cartera de cartón con dos hebillas, comprada la tarde de antes en la plaza del Ángel, quizá en Todo a 0,65 pintado de rojo con soldados de plomo en el escaparate, y un canguro que baja por un cartón, trenes de cuerda, útiles para los escolares. Hubo muchas dudas, me gustaban más los portalibros, tan brillantes, color guinda, con las correítas buenas y el asa de metal. Las carteras tienen las correas de badana, se rompen en seguida, y, además yo no voy a tener libros grandes todavía.”